

WONDER WOMAN

EL FEMINISMO COMO SUPERPODER

ELISA McCAUSLAND



errata naturae

Índice

BALAS Y BRAZALETES: A MODO DE PRÓLOGO	9
I. A PROPÓSITO DE WONDER WOMAN	21
II. DE SUFRAGISTAS, SUPERHEROÍNAS Y FEMINISMO AMAZÓNICO	51
III. ROBERT KANIGHER, EL COMICS CODE Y LA EDAD DE PLATA	75
IV. (SUPER)HEROÍNAS, POLÍTICA Y CULTURA POP	99
V. MUTACIONES DEL ARQUETIPO, EL VIAJE DE LA (SUPER)HEROÍNA	137
VI. LA HEROÍNA POST 11-S. WONDER WOMAN ESTUVO ALLÍ	189
VII. UNA SUPERHEROÍNA PARA EL NUEVO MILENIO.	223
VIII. WONDER WOMAN EN OTROS MEDIOS, EN OTROS MUNDOS	255
IX. WONDER WOMAN EN DIEZ AVENTURAS	271
EPÍLOGO: EL FEMINISMO ERA EL SUPERPODER	283
AGRADECIMIENTOS	287

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2017

© Elisa McCausland, 2017

© de las ilustraciones interiores: Carla Berrocal (pp. 19, 49, 97, 187, 253, 281)

y Natacha Bustos (pp. 7, 73, 135, 221, 269), 2017

© Errata naturae editores, 2017

C/ Doctor Fourquet 11, local dcho.

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-43-1

DEPÓSITO LEGAL: M-12791-2017

CÓDIGO BIC: AP

IMAGEN DE PORTADA: Natacha Bustos y Carla Berrocal

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.



BALAS Y BRAZALETES: A MODO DE PRÓLOGO

«No se trata de que la mujer le arrebatase el poder al hombre. Eso no cambiaría el mundo. Se trata de demoler la concepción establecida del poder».

Simone de Beauvoir

«No recuerdo con qué edad leí mi primer *comic book*. Lo que sí recuerdo perfectamente es el efecto liberador y subversivo que tuvo en mí».

Edward Said

«En Themyscira tenemos un dicho: no mates si puedes herir. No hieras si puedes someter. No sometas si puedes apaciguar. Y no alcances en ningún caso tu mano, si antes no la has extendido».

Wonder Woman

Mientras escribía este libro, abordé mentalmente su prólogo de cien maneras diferentes. Al final, a pesar de los datos, los análisis y las reflexiones que siguen, a pesar de que los cómics vertebran desde hace años mis inquietudes periodísticas y académicas, he descubierto que sólo había una manera legítima de introducir el porqué de todo esto: si leo tebeos, si pienso los tebeos, es porque fueron un miembro más de mi familia. Estaban en casa. Por todas partes. En un cesto, que compartían las revistas y los gatos

de mi madre. En las estanterías rebosantes con los libros de fotografía que coleccionaba mi padre. Leo cómics desde que tengo uso de razón. Más aún: cuando la razón hizo acto de presencia, los cómics ya estaban allí.

Uno de los recuerdos más intensos de mi vida corresponde a aquella mañana de sábado en que mi madre regresó de un viaje, abrió su bolsa negra de siempre y dejó sobre la colcha de su cama el tebeo sobre la muerte de Superman. Yo tenía nueve años y no daba crédito a que algo así hubiera podido sucederle al personaje. Se me han grabado en la memoria viñetas de *Astérix* y *Tintín*, de *La Patrulla X* de Chris Claremont y Jim Lee... Durante mi infancia, uno de los momentos álgidos de la semana tenía lugar cuando, a última hora de la tarde, mis padres salían del trabajo y nos acercábamos a su kiosco preferido. Mientras ellos consultaban las portadas de las revistas recién llegadas, yo trataba de decidir, angustiada, frente a una balda recóndita del puesto, qué *comic book*, qué cómic de grapa, iba a llevarme a casa.

En esos instantes críticos de (in)decisión, juegan un papel rotundo las portadas de los cómics. Las figuras icónicas de los personajes, moldeadas por décadas de tradiciones y revoluciones; los colores de sus uniformes y de los fondos, en los que se extraían los ojos; la disposición con que los personajes, la rotulación y la cabecera intentan llamar tu atención. No recuerdo en qué número exactamente la descubrí a ella, Wonder Woman, imponiendo su presencia en la portada. Majestuosa. Un poco Barbie, pero más intimidante. Nos hallábamos a finales de los años ochenta, y acababa de cruzarse en mi camino uno de los cómics sobre la superheroína escritos y dibujados por George Pérez. No sabría decir con exactitud si fue el número en el que Diana de Themyscira derrota a Ares, dios de la guerra, con una vuelta de tuerca argumental que poco o nada tiene que ver con las bofetadas; o aquel otro en el que una Wonder Woman recién llegada al *mundo del hombre* tiene una cita con Superman y acaba

llegando a la conclusión de que, por mucho que la prensa insista en el tan manido *hacen muy buena pareja*, lo suyo es más una relación de amistad que el típico romance.

No importaba que escogiese yo el cómic en cuestión o que lo hubiese hecho mi madre. Todos pasaban de inmediato por la mesilla de noche que ella tenía, y tiene aún, junto a su cama. Me siento orgullosa de que fuese sobre todo ella la responsable de promover, en mi hermana y en mí, un interés desprejuiciado por la cultura. Por una literatura, un cine, una televisión, un arte y un mundo de la historieta en el que nunca se han establecido ni jerarquías, ni distinciones. Ante los que han contado sobre cualquier otro aspecto nuestra tolerancia, nuestro criterio, nuestra generosidad, nuestra inteligencia. En lo que respecta a Wonder Woman, la persistencia en su lectura no se debió tanto a que mi madre se aficionase a sus historias de por sí como a la influencia en ella de la versión del personaje que interpretó Lynda Carter en la serie de televisión de los años setenta, que también fascinaba a mi abuelo. He pensado bastante en ello. En cómo se transmite y transmitimos la cultura. En cómo legamos nuestras obsesiones, nuestras querencias, y en cómo éstas definen a quienes nos siguen, pero también les suponen un reto y hasta un obstáculo. Pero, para profundizar en esas ideas, tuvo que pasar un tiempo. En mi niñez, la imagen de mi madre absorta en la lectura de libros y tebeos fue permiso suficiente para que yo también me adentrara en las aventuras de Wonder Woman, de Batman y Superman, de muchos otros héroes y villanos.

Sin embargo, no era cuestión cubrir a base de viajes la precariedad con que, por aquel entonces, se publicaban en nuestro país las cabeceras de DC Comics y, por esa razón, no me enganché con todas las consecuencias a las historias de Wonder Woman hasta los años noventa. En aquella época, el cómic de superhéroes eran cuerpos exagerados, gesto adusto como norma y

aventuras a golpe de *splash pages*; cómics que rebosaban intensidad y un sentido de la aventura que tenía mucho que ver con la hipérbole, omnipresente en portadas y anatomías. Esa opulencia tuvo también su reflejo en la normalización del *crossover* editorial, cuya principal característica —la renovación incesante de universos, equipos creativos y orígenes de personajes a golpe de eventos— hemos podido comprobar cómo se aceleraba con el tiempo: cuando a este libro le faltan horas para entrar en imprenta, DC Comics anuncia un nuevo (viejo) origen de Superman que parece suponer otro clavo en la tumba de *New 52*, enésima apuesta de DC Comics por revitalizar de cara al consumidor su panteón superheróico, que ha agotado su credibilidad en seis años. *Reboot* tras *reboot*, el mercado se ha abandonado a una inercia vertiginosa debida a las estrategias transmedia y la mutación en buena medida del *comic book* en *merchandising*, no muy diferente en espíritu a las camisetas sobre la película correspondiente y las muñecas de acción.

En cambio, en el periodo de entresiglos, antes de que el 11-S y la recesión económica nos empujaran al decaimiento y la atonía, la superheróina como concepto cobró en mi opinión nuevos sentidos, brillantes, milenaristas. El espíritu del siglo XX en la serie *The Authority* lo encarnaba una rubia malhumorada, Jenny Sparks; el del siglo XXI, una niña capaz de moldear la realidad, Jenny Quantum. La pelirroja Ragged Robin, de *Los Invisibles*, venía del futuro para salvarnos de nosotras mismas, a la vez que Promethea nacía como superheróina en el filo del milenio para precipitar un nuevo mundo. En una época de disolución de estructuras patriarcales, ¿cómo no pensar en las superheróinas como inspiración de todo aquello que estaba por suceder? Criaturas híbridas, inspiradoras, luminosas; posibles todas ellas, de una u otra manera, gracias al camino abierto por Wonder Woman.

Balas

Pero, seamos honestos, Wonder Woman no es precisamente un icono conocido más allá de Lynda Carter y su serie de televisión setentera. En España, quizás no puede tenerse en cuenta ni ese aspecto. Su influencia tampoco es comparable a la de Batman o Superman dentro de la cultura popular, por mucho que se le hagan guiños en series de televisión que celebran lo nerd y lo friki (*Bones*, *The Big Bang Theory*). No son pocas las personas que han reducido a Diana de Themyscira a superheróina uniformada con la bandera de los Estados Unidos, cuya iconicidad se limita, según éstas, a nutrir el mercado de épica *fetish*. De su nombramiento fracasado como embajadora de honor de la ONU, en octubre de 2016, se pueden deducir no pocos prejuicios hacia las superheróinas: Diana no fue juzgada por lo que ha representado en numerosas ocasiones como personaje, sino por cómo viste. Sólo unas pocas personas parecen darse cuenta de que Wonder Woman no sólo encarna un ideal feminista; su naturaleza de excepción en el ámbito de la cultura ejemplifica que la historia poco o nada tiene de progresiva. La lucha por hacer visible aquello que nos atraviesa, por enfocar en el verdadero enemigo, y vencerlo, es una batalla contra una misma, primero, y contra el mundo, después, que Diana de Themyscira ha protagonizado una y otra vez.

Guionistas y dibujantes, lectoras y lectores, hemos visto en ella esta característica especular, una de las que más me han interesado desde que decidiera centrar en ella algunas de mis críticas y posteriores investigaciones. Leer, hablar, divulgar sobre superheróinas es habitual hoy, pero es un interés que no ha existido hasta hace muy poco. Interés que celebro, desde luego, pues quiere decir que los tiempos, sí, podrían estar cambiando. Sin ir más

lejos, la pintura de Nicole Eisenman *Alice in Wonderland* (1996), en la que la Alicia de Lewis Carroll, con su uniforme de niña victoriana, pierde la cabeza entre las piernas de una Wonder Woman de inspiración *queer*, nos habla de posibilidades todavía por transitar, más allá de la broma o el guiño. Diana, la amazona, se ha enfrentado a lo largo de sus más de setenta y cinco años de historia a cambios recurrentes que la han despojado de muchos de sus sentidos primigenios. Se ha visto reducida a una cáscara, a un significativo vacío. Quienes conocemos su potencial sabemos que la provocación de esta superheroína va más allá del gesto oportunista, de una ilustración ingeniosa y deconstructiva, de una portada *pin up grrrl*. Diana trasciende el reflejo porque, por mucho que se quiera hacer de ella una inspiración literal para el bienestar de aquellas que leemos fielmente sus aventuras, compramos sus muñecas y conjuramos sus principios de sororidad amazónica, por lo que es importante, crucial, esta superheroína, es por todo aquello que tuvo y tiene de artefacto alienígena. Una ficción revolucionaria y extravagante, un virus feminista, una heroína de acción.

Brazaletes

¿Cómo arranca este libro? En los dos primeros capítulos, repaso cómo William Moulton Marston, creador de Wonder Woman junto a Elizabeth Holloway y Olivia Byrne, imaginó un personaje bello como Afrodita y sabio como Atenea, más rápido que Hermes y más fuerte que Hércules. Una amazona nacida sin intervención del hombre y formada por mujeres en una *Isla Paraíso*; educada en el ejercicio de la voluntad que se traducía, haciendo honor a las investigaciones de sus creadores, en una formación del control emocional. Eso simbolizan sus brazaletes: una idea potente entonces, y también ahora, de la voluntad,

el foco, la concentración, que Wonder Woman escenificó en su primera época; una idea de feminismo amazónico, en la que cuerpo y mente se alinean en pos de un bien mayor. Traer otras maneras de hacer, otras maneras de ser, al mundo patriarcal. Unos brazaletes cuyos orígenes remiten al muy personal ecosistema creativo de Diana: Olivia Byrne, una de las inspiradoras del mito Wonder Woman, portaba pesados brazaletes de plata en cada brazo, uno de procedencia mexicana y otro venido de África. El significado de los mismos, un compromiso de *amorosa sumisión*. Y hablo sobre estos temas con Jill Lepore, historiadora de la Universidad de Harvard, que ha ligado los orígenes de *Wonder Woman* a las feministas sufragistas de principios del siglo XX, al activismo llevado a cabo por Ethel Byrne y Margaret Sanger, fundadora de la *Liga Americana por el Control de la Natalidad*. La primera etapa del cómic, firmada por William Moulton Marston y el dibujante Harry G. Peter, es una apología del *feminismo amazónico*: relaciona el apelativo que la prensa dedicaba a las primeras sufragistas, *amazonas* —por su resistencia física e interés en que el cuerpo atlético no estuviera asignado a un género— con el arquetipo de la guerrera, íntimamente ligado al de la superheroína que encarna Wonder Woman.

En el tercer capítulo, incido en cómo Wonder Woman nació como representación de una idea en un cómic; una representación de *lo mujer* que contravenía la idea hegemónica de lo que la sociedad heteropatriarcal entiende por ello. Una recodificación pionera en cuanto al género que, en la década de los cincuenta, fue depauperada por el conocido código de autocensura del medio, el *Comics Code*, y por las políticas editoriales que se adaptaron al mismo; como por ejemplo el código editorial de DC Comics, que recomendaba reducir los personajes de mujer a meros secundarios, a apoyos del superhéroe, casi por contrato. En todo ello tendría una influencia también destacable la figura de Fredric Wertham y su libro *La seducción de los inocentes* (1954).

Tras esa época de profunda crisis para el personaje, abordamos en el capítulo cuarto la idea de otra posibilidad en la representación de la superheroína, que pasa a ser espía y emplea su nombre propio como humana, Diana Prince. Veremos además cómo, de la mano de Gloria Steinem, feminista, activista y editora de la revista *Ms.*, aumenta el calado popular y la identificación de Wonder Woman con el feminismo profesado por el *women's lib*. Joanne Edgar, cofundadora y editora de la revista, me ayudó a profundizar en la sinergia que se desarrolló entre *Ms.* y Wonder Woman, y en su efecto en la cabecera de cómic durante los años setenta. En esa misma época, el *comix underground* bebió del *mainstream* para subvertirlo. Algunas de sus autoras, como Trina Robbins, estarían involucradas más adelante en la industria del cómic. Robbins, en particular, ha trabajado varias veces con Wonder Woman, personaje que admira, y me detalló su trabajo como autora e investigadora en lo referente a la *herstory* del cómic, así como su participación en el rumbo creativo de la amazona.

En los años ochenta, objeto de nuestro quinto capítulo, se produce un punto de inflexión en cuanto se refiere a nuevos sentidos para el arquetipo de la superheroína, gracias a las aportaciones del autor inglés Alan Moore con *Watchmen* (1986-1987), el relanzamiento en los noventa de *Glory* (1999) y la creación de *Promethea* (1999-2005). En ese mismo periodo, George Pérez reinterpreta a Wonder Woman como mito desde la literalidad de lo helénico, en un relanzamiento de la cabecera que ha enmarcado al personaje en una semántica que se mantiene en cierto modo hasta hoy, y que afianzaron autores como Phil Jimenez, cuyas interesantes reflexiones sobre mito, superheroínas y diversidad también pueden encontrarse en este volumen.

Después del 11-S, la crisis de lo superheróico se hizo evidente, como refleja el sexto capítulo. El compromiso con el género del guionista Greg Rucka, también entrevistado en este libro,

y el trabajo concreto de Gail Simone en la cabecera, prestaron a Wonder Woman valores acordes con la crisis. Asimismo, este último lustro está siendo testigo de una mutación de la superheroína a cargo de autoras —guionistas y dibujantes— que, como Renae De Liz, buscan otorgar nuevos-viejos sentidos a Wonder Woman. Otros autores, como Grant Morrison o Jill Thompson, aun no perteneciendo a la misma generación, están llevando a cabo propuestas interesantes. En este capítulo, De Liz nos aportó sus opiniones sobre el presente y futuro de la superheroína.

Y, por si todo esto no fuera suficiente para medir la importancia de Wonder Woman en nuestro presente, la superheroína más longeva se ha convertido en una importante pieza del engranaje multimedia que ha definido la expansión de DC Entertainment en este nuevo siglo; la llamada a erigirse en icono/marca de la mismísima Warner Bros. tras los fracasos en taquilla de sus anteriores apuestas superheróicas. Ello nos impulsa a recorrer en el octavo capítulo las formulaciones de la amazona en los ámbitos del cine, la televisión y otras expresiones artísticas, y en la coda del libro, a volver a los orígenes, a algunas historietas ilustrativas del poder de las viñetas para modular argumentos tan estimulantes para el conjunto de la cultura popular como para el feminismo.

A lo largo de estos procesos históricos y argumentales, los significantes y significados de Wonder Woman han mudado sus perfiles para adaptarse a contextos sucesivos, lo que hace de ella un arquetipo idóneo para pensar las relaciones entre feminismo, cultura y sociedad de consumo; sus estrategias y sus contradicciones. Por ello, a través de reflexiones materializadas en muchos casos como diálogos, este ensayo aspira a analizar(nos) críticamente a través de la ficción; a que veamos en Wonder Woman, como bien han apuntado muchos de sus autores, un

reflejo de nuestras propias imperfecciones y esperanzas. Aunque permitidme que me quede con la idea de sus creadores, la de artefacto. Una bomba simbólica a punto de explotar.

Elisa McCausland
Mayo de 2017

